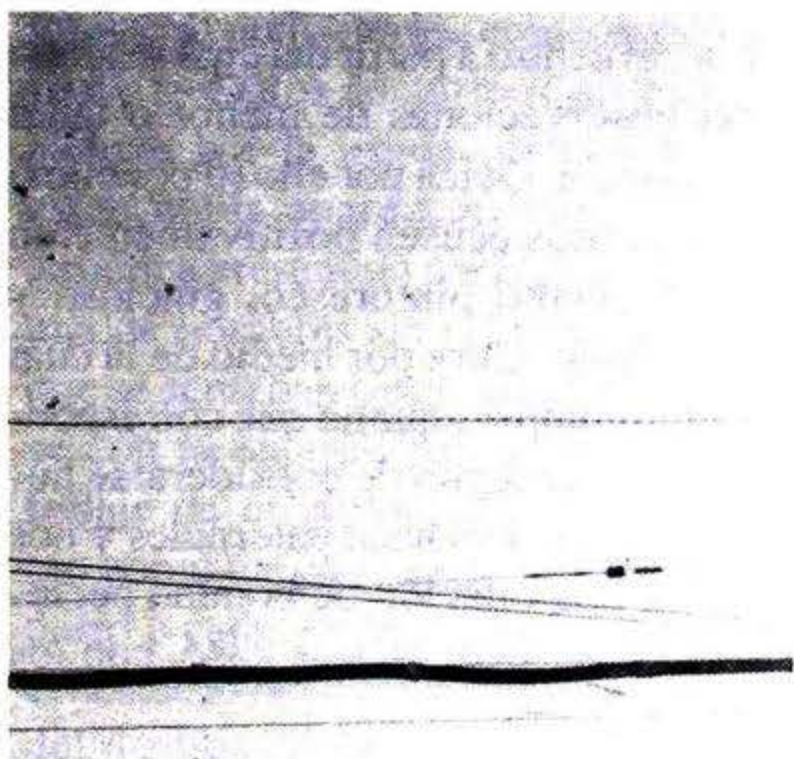


que para una de cuentos colombianos, o que para Germán Vargas *Genoveva me espera siempre* sea "uno de los más hermosos que registra la cuentística nacional", o que Conrado Zuluaga, a quien, salvo aclaración en contra, se debe la presente antología, haya escogido para este volumen *Espuma y nada más*, acaso el mejor de la serie. Una lectura atenta muestra que los tres cuentos mencionados tienen sus méritos propios y se desarrollan en medio de una atmósfera de suspenso y del profundo terror del monte, tanto desde el punto de vista del guerrillero como del soldado. Por lo demás están muy bien escritos. Este cuento de Téllez nos recuerda casi de inmediato a *Un día de estos*, el breve relato del dolor de muelas del alcalde en *Los funerales de la Mamá Grande*, que por cierto es doce años posterior al de Téllez. En éste, el héroe es un barbero infiltrado que tiene que afeitar al capitán y vacila a la hora de asesinarlo con la navaja barbera.



Si bien la obra cuentística de Álvaro Cepeda Samudio, aquel costeño de risa francota y hablar desenfadado a quien alcanzó la muerte en la flor de la edad, responde —como la de García Márquez— a la misma influencia del Hemingway de *Los asesinos*, tiene cuentos mucho mejores que el aquí incluido, *Todos estábamos a la espera* (1954), en el volumen *Los cuentos de Juana*.

La obra múltiple de Eduardo Caballero Calderón alcanza, a mi modo de ver, sus dos más grandes cimas en esa pequeña obra maestra sobre la violencia que es *El cristo de espaldas* (1952), y en *El buen salvaje* (1966), preludio parisino de la historia de una desin-

tegración física y moral que sería llevada a la magnificencia por su hijo Antonio Caballero en *Sin remedio* (1984). Como cuentista, Caballero Calderón brilló en un género bastante raro en Colombia: el del cuento histórico infantil. Recuerdo en especial la historia de *El niño soldado* y uno sobre la infancia de Teresa de Ávila. La presente antología nos regala *¿Por qué mató el zapatero?*, una buena muestra de sus cuentos para adultos.

Sabemos que Conrado Zuluaga posee en alto grado un sentido estético, pero los dos últimos cuentos de esta serie resultan notablemente pobres al lado de los demás. Se trata de *Al pie de la ciudad* (1955) de Manuel Mejía Vallejo, ambientado, como el de Fuenmayor, entre la hez de la sociedad, los pescadores de desperdicios. Parece incluido en este volumen como para hacer resaltar el contraste con el primero de la serie. En mi opinión, es indudable que Mejía Vallejo tiene muchos cuentos superiores a éste, aunque después de una cima temprana con otra obra maestra sobre la violencia, *El día señalado* (1964), por momentos la de Manuel Mejía Vallejo parece ser una carrera en sostenido pero firme descenso.

Lo único interesante del cuento del cartagenero Roberto Burgos Cantor (n. en 1948) parece ser el título, *Estas frases de amor que se repiten tanto*, del volumen *Lo amador* (1980). Entiendo que Burgos Cantor ha sido aclamado como uno de los buenos valores de las últimas generaciones. A juzgar por este cuento, no solamente queda en deuda, sino que tendrá que hacer muchos esfuerzos para descontar el tiempo que perdió frente al lote puntero.

La reiteración de que José Raquel (¿el protagonista?) es negro nos hace sospechar que el cuento tiene algo que ver con el asesinato, en los años seten-

ta, del líder sindical José Raquel Mercado, por parte del M-19.

Este cuento es una muestra más de que en Colombia es ya un mérito que un cuento sea legible.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

## La brevedad en la tradición literaria

### Antología del cuento colombiano

Guillermo Bustamante Zamudio,  
Harold Kremer

Centro Editorial Universidad del Valle,  
Cali, 1994, 177 págs.

Con la publicación de *Antología del cuento colombiano* se hace justicia a un género que entre nosotros no ha recibido la debida atención, acaso por estimarse menor al cumplir un papel secundario en nuestra tradición literaria.

Por ello es importante este esfuerzo de Guillermo Bustamante Zamudio y Harold Kremer, al compilar una muestra del cuento en Colombia, que nos permite apreciar sus virtudes y su reciente evolución, con autores de reconocida trayectoria y otros pertenecientes a las últimas generaciones.

No obstante haber cumplido el género un papel secundario, son muchos los autores colombianos que han sabido encontrar en el cuento un medio de expresión eficaz, que permite explorar la capacidad evocadora y narrativa del lenguaje, para lograr aquella tensión y brevedad de la que nos habla Poe al señalar sus atributos.

Narradores y poetas de todas las tendencias han cultivado el cuento en algún momento de su producción literaria, lo que ya permite hablar de una tradición que, si bien es reciente, al menos despeja un panorama que sirva de referencia para futuras generaciones.

Así escritores de entre los años cuarenta y sesenta, como Jorge Gaitán Durán, Jorge Zalamea, Álvaro Cepeda Samudio, Manuel Mejía Vallejo, Álvaro Mutis, Umberto Valverde, Germán Santamaría, poetas de la llamada "Ge-

neración sin Nombre", los nadaístas, y de generaciones posteriores, como Benhur Carmona Cano, Jaime Lopera Gutiérrez o Luci Fabiola Tello, cultivan el género con dedicación y entusiasmo.

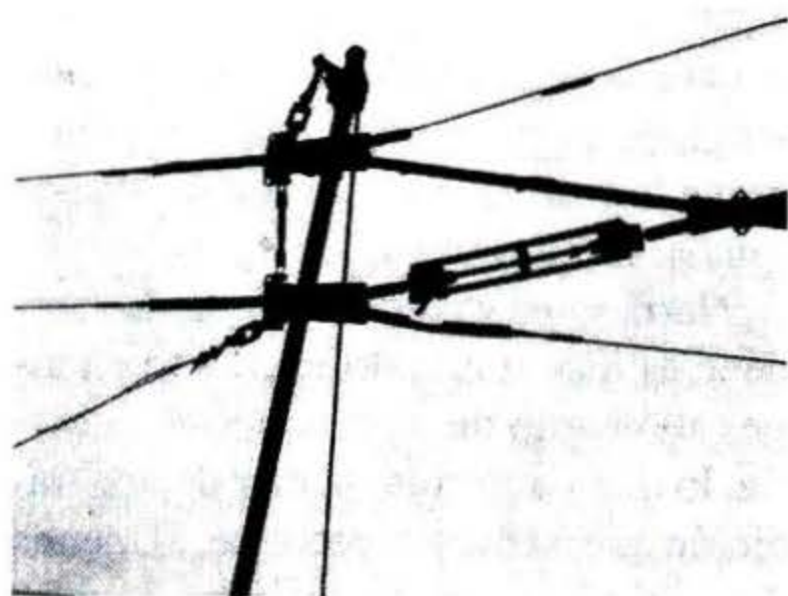
En su temática, se advierte la influencia que hace caso de sus orígenes, emparentada con el Lejano Oriente, así como la de escritores tan prolíficos como Rabelais, Faulkner o Jorge Amado, cuya influencia sigue siendo importante en los narradores más recientes.

Hay relatos que destacan anécdotas, sueños, sátiras, fantasías, pasajes de la historia y la literatura, recreación de mitos y fábulas, con una preocupación por sondear los problemas más típicamente humanos.

Podemos destacar la calidad de los recursos expresivos y su valor argumental, no obstante su brevedad y concisión, con la que se logra captar la atención del lector desde el primer momento.

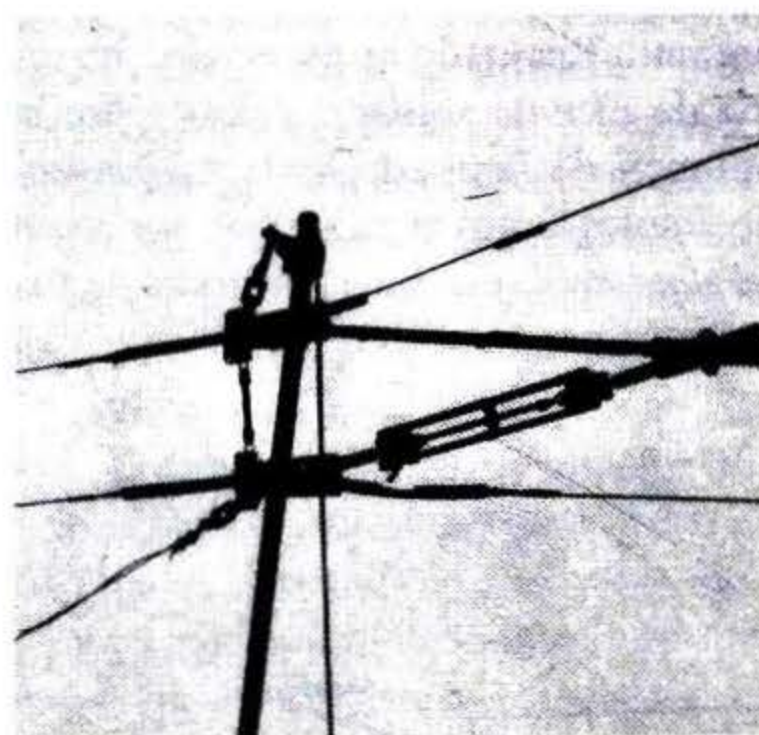
Por otro lado, una tradición oral propia sirve como punto comparativo, con relatos de culturas autóctonas como la tikuna, cuiba, ijca, siona, que se distinguen por su alto contenido poético y mitológico, así como por la sabiduría popular que encierran.

Sin embargo, a la hora de definir los puntos referenciales, podemos decir que la creación individual desempeña aquí un papel fundamental, en la búsqueda de recursos propios, así como en su estructura formal y su calidad expresiva.



Acostumbrados, como estamos, a una tradición narrativa que se compromete con la grandilocuencia y la retórica, estos relatos breves permiten abrir en nuestro panorama expectativas diferentes, al situarse entre lo

poético y lo narrativo, nutriéndose de diferentes fuentes, de lenguajes propios del mundo contemporáneo: el cine, el ensayo, la epístola, la nota periodística, etc.



Algunos de los textos incluidos en la antología se acercan al cuento de corte "minimalista", con posibilidades interpretativas abiertas, en las cuales habría que profundizar si se desea seguir desarrollando el género.

Finalmente, nos damos cuenta de que es un género que tiene una vitalidad insospechada, gracias también al esfuerzo continuado de publicaciones como la revista Eukoreo, la cual se ha preocupado por presentar a los autores más jóvenes. Esperamos que este esfuerzo editorial constituya un estímulo para quienes se dedican a cultivar el cuento en Colombia.

NELLY ROCÍO AMAYA MÉNDEZ

## El zoo de Germán Arciniegas

**Gatos, patos, armadillos  
y otros seres humanos**

Germán Arciniegas  
Presidencia de la República,  
Santafé de Bogotá, 1994, 109 págs.

Un buen cronista, en el sentido estricto de la palabra, siempre ha de ser tanto historiador como periodista. Dos aptitudes que en Germán Arciniegas, por su incuestionable representatividad, han

garantizado en cada uno de sus escritos la esquivada atención del lector. Dos habilidades que también recubren las crónicas que bajo el título de *Gatos, patos, armadillos y otros seres humanos* ha compilado —de sus ya numerosas escritas para el diario El Tiempo— y publicado —en merecido homenaje a sus 94 años— la Presidencia de la República. Históricas, pues en todas ellas, a veces a partir de una mínima referencia, se consignan nociones ciertas. Periodísticas, pues están escritas en el lenguaje que exige esta modalidad: de estilo ameno, acucioso y directo, el mismo que ha hecho del maestro Germán Arciniegas una de nuestras más connotadas plumas.

Las 37 crónicas que componen el cuerpo del libro, como textualmente lo evidencia el título, giran en atención de los animales. Son ellos... desde los "sapos diminutos —de Puerto Rico— que caben en la cáscara de una nuez" (pág. 21) hasta "los dos leones de mármol que adornan el atrio de la Biblioteca Pública de Nueva York" (pág. 109). ...Son ellos... el centro a partir del cual se abren otras observaciones de menor o igual importancia. Quizá por ello (o por ellos) estos escritos acusen positivamente un encantamiento pintoresco, gracioso y serio. Una postura por medio de la cual podemos palpar aquello que corresponde a cada ser digno de considerarse humano: lo que nos hace paternales y nos pone en una relación de bondad personal con los otros; en este caso, con los otros animales.

Tal es el punto desde donde el maestro Arciniegas hace contacto con la realidad que le rodea y que él traduce de una manera poco innovadora, rutinaria, sin duda —así hay que entenderlo— bajo la presión que impone la responsabilidad de mantener una columna. Esta afirmación, en ningún modo, es una aseveración. Precisamente, en uno de estos escritos (*Ovejas y carnero*), concebido en respuesta a la carta de un lector amigo, el propio Arciniegas lo reconoce: "Tú me dirás que por qué diablos te la contesto así, tan en público. Te confieso el secreto: Me hacía falta tema para las habituales notas del periódico, y... ¡tú me comprenderás!" (pág. 34). Y tal vez a causa de esta insidiosa urgencia provengan sus distrac-